

número, según sus relaciones fabulosas, por el contrario, se aumentaban y hacían cada día más formidables. Empezó, pues, una nueva correría con dirección á Tetela de Xonotla, y para ello procuró auxiliarse con los indios de Zacapoaxtla, S. Juan de los Llanos y S. Francisco Iztacamaxitlán á efecto de tomarlos en medio. Tiempo es de decir que los indios de Zacapoaxtla han sido los más irreconciliables enemigos de la revolución pasada: en toda ella persiguieron de muerte á los americanos del Norte y se distinguieron con acciones harto degradantes: ensobrevenciéronse con los triunfos adquiridos defendiéndose de los comandantes Osorno, Arroyo, Bocardo y otros ineptos que jamás supieron hacer la guerra por principios, y menos pudieron obrar contra un pueblo defendido por su ventajoso local, bien armado y provisto siempre de municiones y recursos de Perote, y sobre todo, entusiasmado por un *padre Valle*, cuya voz oían como la de un oráculo.

Llano, pues, empezó su marcha para Tetela el 29 de setiembre de 1811: encontróse con que el puente del río estaba cortado, y lo particular es que á nadie pudo divisar, ni aun con el antejo, de los que se hallaban situados de la otra banda. Avanzóse temerariamente ignorando que los americanos hubiesen hecho unos hoyos, ocultándose en ellos tras de un bosque; por tanto, emplearon muy bien sobre su descubierta una descarga cerrada con *armadas*, ó sea con porción de cañones cortos de fusil colocados en línea sobre un banquillo y disparados simultáneamente por una mecha corrida por sus fogones ú oído. † Empeñóse ya la acción por entrambas partes; y aunque el honor de los de la *real marina* no permitía volver la espalda, sino seguir adelante, varias veces tuvieron que hacerlo así, porque además de las muchas balas que recibían de frente, estaban amagados por retaguardia con trozos de caballería: por fortuna de Llano, cuando estaba en el mayor conflicto se oyó una fatal voz de entre los americanos que dijo... *Se ha acabado el parque; en-*

† Estas son las famosas máquinas infernales de que han hecho uso los franceses contra Luis Felipe, y que se nos han encarecido como cosa nueva, y que desde la conquista han usado los indios para matar patos en las lagunas.

tonces recobró su tropa el aliento perdido, é hizo el mayor esfuerzo por pasar el río, como lo consiguió.

Llegó á Tetela, donde descansó un día, y al siguiente marchó afectando que iba en persecución de los americanos; pero no fué sino en retirada para el pueblo de Apan, para recibir auxilios de México que necesitaba por la pasada desgracia. Los americanos á pesar de la escasez de municiones no le perdieron de vista, y cuentan esta acción como una de las más gloriosas de sus primeras campañas. Yo he recorrido aquellos lugares, he visto el lugar de la acción, y he oído de la boca de muchos de los que se hallaron en ella una exacta relación de todo lo ocurrido, y á la verdad que si Osorno hubiera sabido apreciar en sus quilates el mérito de esta batalla, cuando no por lo que en sí fué, sino por la nombradía que le dió y utilidad que le trajo, (pues ya no se resolvió Venegas á mortificarlo con divisiones cortas, sino formando grandes expediciones sobre aquel departamento, como veremos despues); Osorno hubiera plantado en aquel punto un trofeo militar que recordara á sus pósteros la memoria de tan plausible suceso.

Es muy empalagosa cosa referir hechos de atrocidad propios de una guerra civil; pero es indispensable hacerlo cuando dicen relación á lo esencial de la historia: tal es la muerte del mariscal Aldama, ocurrida en el rancho de S. Blas por D. José María Casalla. Fingióse éste grande amigo suyo y de su compañero Ocádiz: franquéoles su mesa, y les dispensó toda clase de satisfacción y confianza que ellos atribuyeron á una honrosa hospitalidad, y cuando los tuvo seguros estando durmiendo tranquilos los asesinó acompañado de otros cuantos amigos suyos y tan malvados como él. Súpose luego este hecho de atrocidad, y Osorno vino con su gente en solicitud del asesino: encontrólo y le dió muerte, haciendo que se descuartizase su cadáver y se presentase al público para ejemplar castigo. Muchos opinan que Casalla lo hizo devorado de la envidia al ver que el nombre de Aldama resonaba en todas partes con elogio; otros lo atribuyen á seducción del gobierno de México, y se fundan en el texto mismo de la Gaceta núm. 138 tom. 2.º del martes 12 de noviem-

bre de 1811, donde el editor refiriendo este hecho se explica á nombre del gobierno en estas precisas palabras: 1057 vuelta... „De este desengaño han resultado ya grandes beneficios á la causa de la humanidad y de la patria, en la *aprehension* de los *cañecillas* Aldama, que con el título de mariscal capitaneaba la *gavilla* que tantos daños ha causado en los llanos de Apan, y de *Ocádiz* que hacia de su segundo: estos hombres perversos, enemigos de su patria y oprobrio de la humanidad, han sufrido ya la muerte merecida por sus inauditos crímenes y anuncia *la que deben tener* los que habiendo incurrido en los mismos delitos no imploren la clemencia del gobierno.” Despues veremos otras pruebas.

La pérdida de Aldama fué muy sensible á la nacion, y sus consecuencias se sintieron luego. Era este un oficial lleno de valor, virtudes y talento, por lo que hizo temblar á sus enemigos. Tenia veinticinco años, fina educacion, carácter franco y elevado; era excelente militar, tenia prudencia y arte para conducir al soldado: presentábase el primero en las acciones y para animar á su tropa: jamás volteó la cara al enemigo, á pesar de la desigualdad de las fuerzas con que lo atacaba: habia sido oficial en dragones de México, y así es que observaba la mas estrecha disciplina y no permitia hurtos ni vejaciones.

Amaba con ternura á un tal *Acosta* á quien trajo de tierradentro con título de coronel; mas como mató injustamente á un sargento de guardia, le hizo consejo de guerra en que se le condenó á muerte; lloró mucho su pérdida, pero hizo ejecutar la sentencia: otro tanto ejecutó con un capitán (José Hernandez) por ladrón. No obstante esta severidad, su tropa le adoraba. Estaba reservada esta preciosa víctima al puñal asesino de Casalla, cuyo nombre será execrado justamente en nuestras generaciones. Aldama era sobrino del de este apellido, que dió la voz en Dolores con el Sr. Hidalgo.

La muerte de este jóven recomendable, léjos de acobardar á los que la lloraron, excitó en muchos de su edad un noble deseo de imitarlo. Vivía tranquilo el labrador D. Eugenio María Montaña en la hacienda de Xala, de Ruiz de la Bárcena, donde supo la desgracia de Aldama, y al momento se levantó con cinco hom-

bres; semilla fructífera que le produjo mas de trescientos excelentes soldados, que despues se llenaron de gloria en la vanguardia del Sr. Morelos á la entrada á Oaxaca, como despues veremos. El padre de Montaña (D. Miguel) era un viejo octogenario, que catorce años antes yacia ciego en su cama; oyó que su esposa Doña Ignacia Roldan lloraba por la resolucion de su hijo, y con una voz digna del virtuoso Catón la reprendió diciéndola blandamente... *No llores, que esto se ha de hacer, y no lo han de hacer las monjas.*... ¡Anciano respetable! sí, esto se ha de hacer y tu hijo lo hizo en cuanto estuvo de su parte: él fué bendito de tí como los hijos de Jacob, á quien figuraste en esta vez sentado en el lecho de la paciencia y del dolor, y por eso yo veo escrito el nombre de tu amado *Eugenio* con letras de oro en el catálogo de los héroes, colocado en el templo de la inmortalidad. ¡Ojalá que muchos hubieran seguido tu loable ejemplo y que hubiesen acelerado el dia glorioso de nuestra independencia! Bendita sea tu memoria en la última persona de tu larga descendencia!

Por estos dias ya Osorno habia dado la célebre accion llamada de la *bóveda de Guauchinango*, en que derrotó con gloria la division de D. Francisco de las Piedras, que se situó en Tulancingo: este oficial á quien yo observé desde Zacatlán, no se avergonzará hoy de esta desgracia en el mando de las armas: él amó nuestra libertad, y aun cuando pudo habernos hecho grandes males, se condujo con tal arte y buena conducta, que aunque entendida de tiempos atrás por los españoles suspicaces, jamás pudieron probarle defecto alguno; así es que su permanencia en Tulancingo por largo espacio de tiempo nos fué benéfica; no obstante que aquella plaza llegó á ponerse en un pie brillante de fortificacion despues del ataque grande, de que despues hablarémos, por ser punto interesante como llave de la Huasteca.

A par de D. Eugenio Montaña comenzó á descollar D. Miguel Serrano, criado que fué de la casa del conde de Santiago, aunque con inferiores disposiciones á aquel, pues solo se distinguia por el valor brusco de un denodado guerrillero, sin combinar jamas en grande, y aquejando en extremo con contribuciones á las haciendas de los Llanos de Apan.

Las victorias de la division de Aldama á quien sucedió en el mando D. José Francisco Osorno, animaron sin duda á D. Vicente Beristain, hermano del canónigo, á pasarse al partido americano: llamósele á este, Beristain *el malo*, para distinguirlo de aquel que no dudó fijar en su hermano esta denominacion odiosa, poniendo los vínculos de la naturaleza á los de la conveniencia y vil adulacion al gobierno de México. Era el D. Vicente un excelente oficial, de mas que regulares conocimientos en la artillería, activo y emprendedor; pero todo lo desmentia y hacia olvidar con su carácter aniñado y voluble que lo hizo sospechoso á los americanos, y al fin le atrajo la muerte decretada en los excesos de la crápula de un almuerzo, como en oportuno tiempo veremos. Incorporado en la division de Serrano le sirvió de mucho en el ataque grande de Pachuca de que vamos á hablar. Un amigo que observó los pasos de la revolucion en este departamento, y que me acompañó en mis peregrinaciones sin perder jamas la filosofia aun en los mas crueles embates de la fortuna me ha escrito la esposicion siguiente, y que copio á la letra.

REVOLUCION DE PACHUCA.

Quando comenzó esta (dice) en el año de 1810, sucedió en esta comarca lo mismo que en todo lo demás del territorio mexicano. Una impresion de admiracion grande en todos: temor y abatimiento en los españoles, que vieron llegada su ruina: una especie de satisfaccion y alegria secreta en los americanos, que aunque encubierta con una modestia aparente por la férula que pesaba sobre sus cuellos, aparecia no obstante á los ojos de un observador curioso, y los hacia barruntar en confuso su futura libertad. Por último comenzó aquella contradiccion y choque en el interior de ellas en que peleaban los afectos del corazon, y las preocupaciones del entendimiento: aquel apetecia la libertad y con una fuerza irresistible se veia arrastrado á aprobar la revolucion; pero este oponia los tristes presagios y unas habitudes rancias y de una conciencia llena de errores, resultado necesario de la bárbarie, esclavitud, y degradacion de tres siglos, que el fanatismo religioso procuraba mantener con los últimos esfuerzos.

Quando la posteridad que juzgará imparcialmente las cosas, compare el punto de donde partieron las Américas españolas, y los infinitos é insuperables obstáculos que en toda su marcha, y principalmente en los primeros pasos debieron arrostrar y vencer, dará todo el valor que merece á la resolucion de los primeros héroes, que dieron el grito, y de los valientes que los siguieron, y disculpará los errores indispensables que se cometieron en una empresa tan difícil y complicada.

Entonces se verá si los holandeses, anglo-americanos, ú otro cualquiera de los pueblos modernos que rompieron las cadenas de la esclavitud, dieron el paso primero ácia su libertad de un punto tan distante como los americano-españoles, ni en circunstancias mas adversas. Rodeados de tinieblas, degradados hasta el último extremo por la corrupcion de un gobierno ignorante, hipócrita, cruel, y sostenido por el mayor que viera la tierra: sin comunicacion alguna con los estrangeros: sin noticia de lo que pasaba en el resto del globo: sin educacion popular, sin costumbres públicas, sin virtudes sociales, pues el gobierno habia procurado por sistema propagar la ignorancia é inmoralidad hasta el embrutecimiento. . . . Esta evasion, pues sin recurso alguno fuera de sí, y rodeada por todas partes de imposibles, tuvo que crearse á sí misma de la nada, no solo en el órden político, sino tambien en el moral y religioso. ¿De cual pueblo de la tierra se puede decir otro tanto?

El primero que en esta comarca dió el grito de independencia fué Centeno que vino á fines de 1810 de tierradentro enviado por Hidalgo. Por el rumbo de Zacatlán comenzó á levantar gente, y pereció por mano del gobierno; sucedióle el mariscál D. Mariano Aldama, el cual fijó su residencia en Calpulalpa, de donde antes de veinte dias procuró Venegas desalojarlo enviando á Llano con su division. La gente de Aldama estaba armada casi toda de lanzas y palos, muy pocas de fuego que no llegaban á cincuenta; no obstante su desproporcion, Aldama salió á batir á su enemigo á la hacienda de S. Cristobal distante cuatro leguas; cayó sobre Llano á prima noche, lo atacó dentro de ella, le mató once, é hirió seis, y por su parte tuvo dos muertos y un herido.

Al siguiente día le disputó la mayor parte de él la entrada en Calpulalpa, conoció que no podía mantener el puesto por la desigualdad de sus armas, y mandó que se saliese toda la vecindad del pueblo: así lo ejecutó la mayor parte; los que se quedaron, fiados en su inocencia, pagaron con la vida, ó quedando despojados de cuanto tenían, pues el saquéo nada perdonó. Aldama se retiró con su gente en buen orden. Los que recibieron á Llano lo hicieron con el Smo. Sacramento, medida muy piadosa, pero inútil para esta clase de demonios á quienes no se lanzan sino con balas, perecieron. Llano afectó mucha piedad y devoción; tomó un cirio D. Bernardo Viadas hijo del justicia del pueblo, que se había ido á Texcoco huyendo de los americanos, y luego que bajó las gradas del cementerio fué fusilado de orden de Llano. La tropa de este quiso emular su respeto hipócrita é hizo una descarga sobre la imágen de nuestra Señora de Guadalupe: todavía se vé el cuadro atravesado de balas.

Al siguiente día volvió Aldama á atacar á Llano, el cual salió á recibirlo, y encontrándose á media legua, se batieron desde las once del día hasta el caer de la tarde. Conoció Llano que no conseguía ventaja contra tan obstinado enemigo, y se retiró al pueblo. Aldama quedó en su puesto, y el español en venganza del destrozo que había sufrido, mandó fusilar á varios de los que se hallaban en la poblacion desde el día anterior: toda gente inculpable. Varios fueron sacados de la iglesia y llevados al suplicio sin que el asilo, ni su inocencia misma pudiera salvarlos. Para aumentar sus fuerzas se retiró Aldama á S. Juan de los Llanos, y despues volvió á la hacienda de Cuauhtepac donde estableció su residencia: entonces viendo el gobierno de México que esta fuerza á par que se multiplicaba, se organizaba y hacia temible, proyectó el asesinato de Aldama comprando á Casalla, ofreciéndole dos mil pesos por su cabeza, y un mil por la de Ocadiz: consumóse esta obra de iniquidad despues de un festin en el rancho de S. Blas, á la sazón que dormian estas infelices víctimas, como ya se ha dicho. Casalla salió en la maniobra peor que Judas, pues este siquiera percibió las treinta monedas; pero Casalla no reportó el precio de su maldad sino pagando

con la vida, é infamando su pestilente memoria. Por tan vil prodicion perdió la patria uno de sus mas beneméritos defensores, y ornamento brillante que la hará honor mientras se respeten las virtudes.

ATAQUES Y ENTRADA DE LOS AMERICANOS EN

EL REAL DE PACHUCA.

Las divisiones de varios caudillos, engrosadas bajo la dirección del general Aldama, se pusieron en estado de emprender ataques de nombradía. Por su muerte se pusieron en movimiento reconociendo por sucesor en el mando al comandante Osorno. Pachuca fué el objeto en que fijaron la vista: allí había *europeos y plata*; por tal motivo una partida de D. Miguel Serrano atacó el real en la madrugada del 5 de octubre de 1811, y esta iba mandada por el capitán Joaquin Hernandez: no llegaban á cien hombres. Esta entrada tuvo pocas consecuencias, pues pudiendo haber sorprendido la casa del comandante Villaldéa, donde estaba la fuerza armada enteramente descuidada y durmiendo, los americanos tuvieron la necesidad de situarse en la plazuela, y despertar á todos con sus tiros. De estas mentecatas cometieron infinitas, que les costaron muy caras: mataron á dos, dieron libertad á los presos, y despues se retiraron paso á paso, menospreciando el fuego que les hacian, del que no recibian daño alguno, amenazando con que volverian á vengarse.

Efectivamente el 23 de abril (1812) al amanecer entraron otra vez bajo el mando de D. Miguel Serrano: venian con él Beristain, D. Pedro Espinosa, segundo de Montañó, y otros oficiales de brio; pasaba la tropa de quinientos hombres, con dos cañones que dirigía Beristain. Luego que entraron, se hicieron dueños de la poblacion, menos de tres puntos donde estaba acuartelada la tropa vireinal, al mando del teniente coronel D. Pedro Madera. Su segundo, que era un capitán de patriotas, mandaba el punto de la casa de Villaldea: allí se habían fortificado los españoles con muchos viveres y municiones: esta fuerza estaba engrosada con los patriotas comandados por el conde de Casa-AL-

ta, sugeto recomendable, de la familia del virey Iturrigaray, dotado de buenos sentimientos á favor de la libertad, que despues desarrolló teniendo correspondencia con el virey Venegas cuando estuvo prisionero con el general Rayon en Tlalpujahua, como despues veremos.

Antes de comenzar el ataque entregaron á un fraile del colegio, que estaba en el convento de S. Juan de Dios, un oficio de Serrano para que lo llevase al comandante español, en el que intimaba la rendicion del real, prometiendo respetar las vidas de los europeos, y no dañar al público si capitulaba, amenazando que de lo contrario lo trataría con el rigor de la guerra. Por entonces varias consideraciones impidieron que se entregase dicho oficio; pero comenzando el ataque, un religioso del colegio en obsequio de la humanidad, y para que se evitasen las desgracias que ya comenzaban, atropellando por los riesgos presentes, llevó al comandante el mensaje; pero este y los de la casa de Villaldea se negaron á todo acomodamiento.

Continuó todo el dia el fuego de una y otra parte, y al ponerse el sol llegaron mas de mil indios de Atotonilco el grande de refuerzo á los americanos. Estos ningun mal grave habian hecho á la poblacion hasta entonces; pero los que despues vinieron cometieron algunos homicidios en la gente del pueblo y quemaron varias casas, sin que la tropa vireinal que estaba para defensa del lugar, sacase un pie fuera del recinto en que se habia encerrado, contenta de librarse á sí misma. Cuando llegó la noche continuaron un vivo fuego, y ardiendo muchos edificios ofrecia el lugar la imágen de Troya. Como á las nueve de la noche fué al colegio un vecino de los principales del lugar y pidió con instancia al guardian dos religiosos que fuesen con él para procurar que se terminasen tantos desastres. No pudo negarse á petición tan justa; efectivamente, salieron con el mismo que fué á pedirlos; impidieron en el camino que se incendiasen varias casas (¡tal era el respeto que siempre les tributaron los piadosos americanos!) y al fin llegaron donde estaban los principales gefes y tropa de estos, batiendo con un cañon grueso la casa de Villaldea. Volvieron á proponer lo mismo que por la mañana, y con

mayor energía, pues asignaban un término bien corto para que capitulasen, ó acabar con aquella casa, lo que sin duda hubiera sucedido, pues la gente era mucha, y se hallaba irritada con la tenaz resistencia que se le habia hecho. Pasaron por tanto á dicha casa los religiosos con el secular ya referido, y la hallaron en la mayor consternacion, por estar espirando dos oficiales de las heridas que acababan de recibir. Alegráronse mucho cuando se les propuso la capitulacion, pues desconfiaban ya del buen éxito, y así es que mandaron entrar á los interlocutores á la casa del comandante Madera. Este como militar veia el estado desesperado en que se hallaba, y se decidió á capitular. Mas para proceder sin responsabilidad convocó el comandante del cuartel y casa de Villaldea, á los gefes principales americanos y á los europeos, como principalmente interesados. Reunidos, pues, en el edificio de la aduana con la mayor armonía y libertad, despues de discutir punto por punto, firmaron la capitulacion, que en sustancia se reducía á entregar á los americanos todos los caudales pertenecientes á la real hacienda, que pasaban de *doscientas barras de plata* y todas las armas, prometiendo ellos por su parte respetar las personas de los europeos y de la tropa rendida; dándoles pasaporte para que marchasen donde quisiesen, ó siguiesen su partido, como lo hizo gran parte de la tropa y aun uno de los europeos.

Como el comandante Madera, antes de que entrasen los americanos, habia pedido auxilio á la hacienda de Tlahuililpan, del conde de la Cortina, á las diez de la mañana del dia siguiente á la rendicion, vino su administrador con toda su division. † Luego que los americanos supieron que se acercaba, se irritaron creyendo que se les hacia traicion; pero satisfechos por Madera, que ofreció ir á revolverlos, se aquietaron; bien que se aprestaron para la defensa y salieron á recibirlos. Una avanzada de estos de

† Este comandante fué uno de los mayores asesinos, que protegidos del gobierno con toda clase de armas y municiones, así como Yermo en la hacienda de San Gabriel, construyeron en ellas fortificaciones como quisieron, desde donde salian á hacer correrías espantosas: fusilaban, robaban y hacian á su antojo todo lo que les *vania en gana*, seguros de que el virey por todo *pasaba*

sesenta hombres encontró la division que hablaba con Madera y haciéndoles una descarga cerrada se echó sobre ellos y los corrió ya en dispersion mas de una legua. En breve tiempo los europeos en número de treinta y cinco, á quienes se les habia ofrecido pasaporte, fueron arrestados y conducidos á las órdenes del general D. Ignacio Rayon; esta fué una transgresion indigna de la buena fé, y que deturpó al comandante Serrano. Atribuyóse á sugerencias de D. Vicente Beristain.

Muy sensible es ver manchadas las páginas de nuestra historia con un hecho tan oprobioso; pero la verdad es nuestra guía, y no pasiones ruines. Despues, parte de estos mismos europeos fueron fusilados; mas de este hecho y sus circunstancias derémos en su lugar una idea precisa. Tal es en compendio la historia de la invasion del real de Pachuca. El tesoro encontrado allí fué casi inútil, por la vergonzosa disipacion que se hizo de él: sí, vergonzosa, y tanto, que habiendo Serrano solicitado de un payo que le vendiese un par de zapatos abotinados, forrados en terciopelo azul, y costosamente bordados de plata, se los cedió el dueño, y lo recompensó dándole *una barra de plata*. Las demás piezas de este metal precioso se distribuyeron entre Osorno, Serrano, el Lic. Rayon, (que yo las vi conducir por mano del mariscal D. Ignacio Martinez á Tlalpujahua, y parte que se remitieron al Sr. Morelos y las hizo acuñar en Oaxaca.) Por poco caen en manos del coronel D. Luis de la Aguila en la batalla de Osumba, dada en octubre de 1812; pues casi el convoy de ellas tocó con el que este conducia á Veracruz, y cuyo ataque fué causa de la pérdida de la accion. El triunfo sobre Pachuca se debió á Beristain que ordenó el ataque, y se puso á la cabeza de la artillería que era su arma favorita. El además, regularizó la capitulacion, y muchas veces le oí hablar en Zacatlan de este suceso como uno de los mas gloriosos de sus campañas. El, asimismo dirigió la amonedacion de las barras de Pachuca que se tomó Osorno, estableciendo un taller muy imperfecto, y un fortin en el cerro llamado de S. Miguel, junto á Zacatlan, donde igualmente planteó una pequeña maestranza y fábrica de pólvora. Si Osorno se hubiera guiado por las luces de este apreciable militar, en

breves dias habria organizado cuatro mil hombres y sido el terror de los realistas; pero aquellas gentes estaban reñidas con todo lo que tendia al orden, y se hacian enemigos temibles del que les aconsejaba lo mejor. ¡Tal fué su término, y cual era de esperar!

Cansada mi pluma de referir matanzas, robos, violencias y perfidias, hace una pausa, y toma aliento para continuar la molesta relacion de otra clase de excesos cometidos en esta capital bajo la égida de las leyes, pero no *españolas*, sino francesas, y de uso desconocido entre nosotros hasta estos desgraciados tiempos.

Entre los ministriles provistos por el gobierno español en los dias de la revolucion, vinieron dos gallos que pudieran lucir en el mejor palenque del mundo; tales fueron un *D. Fulano Galiléa* de dichoso olvido, y un *D. Pedro de la Puente*; aquel para asesor del virey, y este para oidor. Venegas destinó al segundo para superintendente de policia á la francesa, y él procuró muy luego corresponder á su confianza; yo no formaré su vejámen por informes ni relaciones, sino por los materiales que él mismo nos dejó consignados en las Gacetas, principalmente en la de 16 de enero de 1812, núm. 169 tomo 3.º En ella se presenta un *resúmen de las operaciones* de la nueva policia desde el dia 26 de agosto de 1811 en que fué instalada, hasta 26 de diciembre del mismo año; es decir, de *cuatro meses precisos*. Consta por él, que en dicho espacio de tiempo fueron arrestadas *mil seiscientas treinta y una personas* solo en la capital. ¿Cuántas mas no lo serian en las demás ciudades de esta América? ¿Cuántas lágrimas no se deramarian por semejantes procedimientos arbitrarios? ¿Cuántas por las divisiones militares que discurrían por un inmenso territorio, á cuya cabeza se hallaban muchos déspotas que tenían derecho de vida y muerte sobre todas las personas, y manos libres para tomar cuanto querían rapiñarse? Puente no ejercia su ministerio por sí solo, sino que tenia por agentes y auxiliares á los que él llamaba los *caballeros tenientes*, que en lenguaje sencillo y legal eran otros tantos esbirros miserables, que pendían de sus labios como el Halcon de la seña del cazador para lanzarse sobre la presa: en dicha Gaceta se presenta la lista de estos caballeros de